

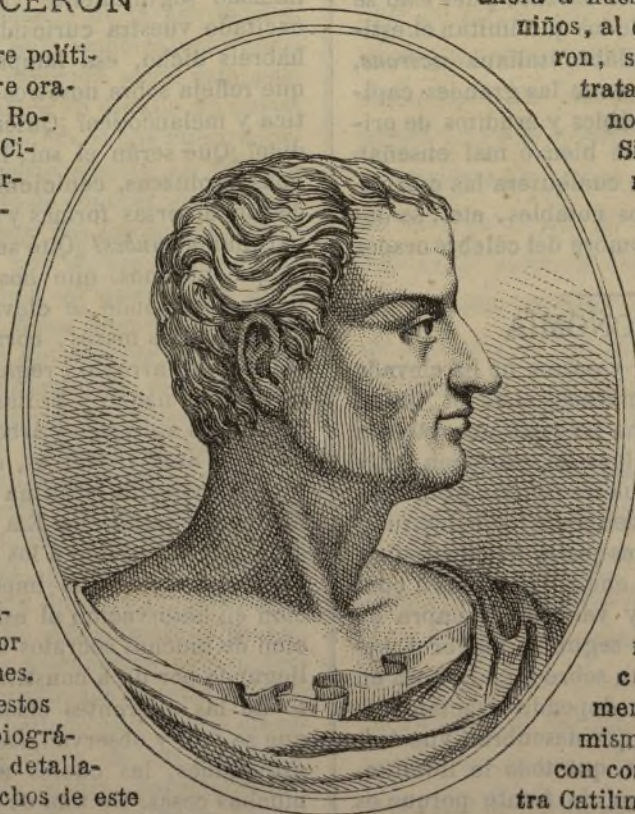


REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO  
 DIRIGIDA POR  
 D. ALFONSO ENRIQUE OLLERO.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

## CICERON

Filósofo, hombre político y el más célebre orador de la antigua Roma, Marco Tulio Ciceron nació en Arpino, 106 años antes de Jesucristo, de buena familia, pero extraña hasta entonces á los altos empleos de Roma. Se considera á Ciceron como el primer escritor romano, y como orador no tiene en la antigüedad ningún otro superior más que Demóstenes. No es posible en estos ligeros apuntes biográficos dar noticias detalladas de la vida y hechos de este hombre tan célebre. Basta por



Marco Tulio Ciceron.

ahora á nuestro objeto que los niños, al oír hablar de Ciceron, sepan de quién se trata. Fué Marco Tulio nombrado cuestor en Sicilia, y habiendo robado indignamente á sus administrados su antecesor Verres, obtuvo á su vuelta á Roma que se les hiciese justicia. Siendo cónsul, 56 años antes de Jesucristo, descubrió é hizo abortar la conjuración de Catilina. Para esto arma á los caballeros, convoca urgentemente al Senado; él mismo comparece á él con coraza, y arroja contra Catilina, que ocupaba su asiento entre los senadores, un



apóstrofe violentísimo. Catilina, aturrido del golpe, sale furibundo y corre á sublevar toda Italia, diciendo: «Yo incendiaré á Roma.» Improvisa un ejército de partidarios; pero Antonio, colega de Ciceron, sorprende al ejército improvisado, agrupado en Etruria en derredor de Catilina, y éste, confiado en su fortuna ó desesperado, acepta la batalla y combate como un héroe hasta la muerte. Inmenso fué el entusiasmo de Roma salvada, que aclamó á Ciceron por padre de la patria y le levantó estatuas. Los partidarios de los conspiradores lograron que se le desterrase por diez meses; pero al cabo de ellos volvió, obteniendo un triunfo completo. Nombrado procónsul de Cilicia, abrazó durante la guerra civil el partido del Senado y de Pompeyo, pero no tardó en hacer la paz con César victorioso. Habiendo atacado luego á Antonio en una série de discursos, que se llamaron filípicas, se vengó éste comprendiéndole en las listas de proscripción formadas en el primer triunvirato, y Ciceron fué asesinado el año 43 antes de Jesucristo.

Los niños habrán oído decir *elocuencia ciceroniana* ó *estilo ciceroniano*; pues esto se dice precisamente de los que imitan el estilo de Ciceron. La palabra italiana *cicerone*, con la que se conoce en las grandes capitales una clase de sábios y eruditos de original especie, y que bien ó mal enseñan por una retribucion cualquiera las curiosidades y monumentos notables, etc., se deriva tambien del nombre del célebre orador romano.

### ASTRONOMÍA

Niños: ¿quién de vosotros no ha elevado más de una vez sus miradas al cielo? ¿Quién al mirarlo de día no ha visto una bóveda inmensa, diáfana, llena de clarísima luz y salpicada de multitud de figuras abigarradas, unas que parecen grandes monstruos, otras montañas, otras peces descomunales, otras delicadísimos encajes, y todas á cual más caprichosas, y variando siempre de forma y de colores, segun su mayor ó menor número, y segun sobre todo la hora en que lo mirais, que depende exactamente del sitio ó punto en que descubran vuestros ojos un globo de luz, que todo lo ilumina, que no podeis mirar de frente porque os deslumbra, haciéndoos cerrar los ojos ense-

guida, y que os han dicho que eso es lo que se llama *el sol*? ¿Quién al mirarlo de noche no ha visto esa misma bóveda, más preciosa aún, cambiado su aspecto por completo, de un color oscuro indefinible, y allá en lo más alto salpicado su fondo negro, muy negro, de innumerables puntitos de luz brillante, que llaman *las estrellas*; de alguno que otro más grande y resplandeciente, que llaman *luceros*, y como dominando al conjunto, un globo mucho más grande, de luz tibia y plateada, que no ofende como la del sol, que parece del tamaño de una sandía regular ó del casco de un sombrero, y que tiene unas manchas que simulan en los ojos, nariz y boca, la cara de una persona?

Y este mismo globo iluminado, que veis unas veces en un sitio del cielo y otras en otro, ¿no lo veis tambien ir aumentando ó disminuyendo de tamaño y cambiando de figura, hasta el punto de semejar algunas veces el cuerno de un animal? Pues este globo ó *astro*, que es como se llaman en general todos los puntos de luz que descubris en el cielo, y que ya conoceis sin duda alguna por su nombre de *la luna*, habrá llamado seguramente vuestra atencion y excitado vuestra curiosidad. ¿Qué será, os habreis dicho, esa lámpara tan hermosa, que refleja sobre nosotros una luz tan poética y melancólica? ¿Quién la habrá encendido? ¿Qué serán el sol, las estrellas y esas fajas parduzcas, cenicientas, rojas ó azules de tan diversas formas y colorido, que oímos llamar *nubes*? ¿Qué será la misma tierra que pisamos, que nos sostiene con sus productos, donde se elevan montañas, se extienden los mares, corren los rios y serpentean los arroyos, regando montes y valles, donde nacen y brotan multitud de variadísimos animales y árboles y plantas más variados aún? Dificil es, curiosos lectorcitos, que vuestra legítima curiosidad se vea fácilmente satisfecha. Esa misma curiosidad es la que ha movido á los hombres de todos los tiempos y los ha impelido de observacion en observacion al estudio y averiguacion de muchos secretos de la Naturaleza, llegando por fin á constituir el conocimiento de las diferentes clases de fenómenos, que se ven y observan, *las ciencias* que hoy estudiamos, las cuales nos dan razon de muchas cosas. De una de estas ciencias, la *Astronomia*, que se ocupa en el estudio de



los astros, es de la que vamos á daros algunas nociones.

Esta ciencia es la que nos hace ver nuestra ínfima pequeñez en el Universo. Millones de mundos á millones de leguas unos de otros publican la grandeza del Creador, la magnitud del espacio en que giran y la pequeñez, no ya del hombre que queda reducido á una partícula microscópica invisible, sino de la tierra misma que habitamos, que nos parece tan grande y tan inmensa. La primera consecuencia de la meditacion astronómica será siempre un asombro indecible, una veneracion sin límites hácia el *Hacedor Supremo*, de cuyos piés es escabel el Universo, segun la expresion sublime de la Santa Escritura; la segunda, el justo aprecio de lo que es el *Hombre*, y la tercera, la religiosa gratitud al Criador, que le infundirá el deseo de no violar la *ley natural* impuesta al mundo y á las sociedades humanas, y el acorde admirable que imprimió en todas sus obras el *Ser grandísimo*, que pudo concebir y crear esta máquina soberbia que llamamos Universo. Dejando para otros números sucesivos el estudio ordenado de la astronomía, nos limitamos por hoy, amables lectorcitos, á llamar vuestra atencion sobre este particular, presentándoos en detalle un paisaje de la luna, con objeto de que vuestra sorpresa al contemplarlo suscite en vosotros un deseo más ávido de conocer los fenómenos celestes. Por hoy nos limitamos á decir que la *luna*, por su proximidad á la *tierra*, que es tambien un astro, es el astro cuya constitucion fisica hemos podido observar mejor. Con anteojos de grande aumento y con telescopios se divisa en su superficie una porcion de desigualdades, que provienen de sus valles y montañas. La observacion de las sombras que se perciben en su superficie y su comparacion con la direccion de los rayos solares, en diferentes posiciones, prueban de un modo que no deja lugar á duda la existencia de estas montañas. De estas sombras se han valido tambien los astrónomos para determinar la altura aproximada de estas mismas montañas; y han hallado que la más elevada de todas tiene cerca de dos mil ochocientos metros de altura perpendicular. Estos montes presentan casi todos los caracteres de los terrenos volcánicos, que se

hallan en nuestro globo. Nada indica en lo que se ve de la luna la existencia de verdaderos mares, y con los telescopios más aventajados no se ha podido distinguir tampoco ningun indicio de vegetacion, ni de diferencias debidas á la alternativa de las estaciones. Tampoco se ven nubes en este astro, ni nada que denote estar rodeado de una atmósfera; antes por el contrario, todo inclina á creer que no la tiene; ya veremos que se experimentan allí, alternadamente, períodos de quince dias de calor y quince de frios excesivos; de todo lo cual se puede colegir, que si se halla habitada, debe estarlo por seres de otra naturaleza enteramente distinta de la nuestra.

### PENSAMIENTOS DE CERVANTES

(de su obra inmortal *D. Quijote de la Mancha*)

#### ESTUDIANTE.

*Los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no había que decir más de mi mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena; esta pobreza la padece en sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante, esto que entre ellos se llama andar á la sopa, y no le falta algun ajeno brasero ó chimenea, que si no calienta, á lo menos entibie su frio y en fin, la noche duermen muy bien bajo cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber: de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he*



*pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto que habiendo pasado por estas siertes y por estas seiles y caribides, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto gobernar y mandar el mundo desde una silla, trocáda su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud.*



### LOS NIDOS DE AVES

Hay pocos objetos en la naturaleza más sorprendentes é instructivos que los nidos de aves. Desde el más simple de ellos hasta el más complicado existe una escala tan curiosa, que no puede ménos de excitar el interés de cuantas personas se dedican al estudio de los animales. Cada especie de nido es una variedad de la arquitectura, digámoslo así, en que se manifiesta el más ó ménos grado de inteligencia de que Dios ha dotado á sus autores, y sus peculiares inclinaciones. Hasta ahora apenas se habia fijado la atencion en este punto, por lo cual, y el prescindir de otras consideraciones, apode-

rarse de un nido, meramente para tener la cruel satisfaccion de destruirlo, era un hecho que á nadie parecia digno de censura. Sólo por una especie de sentimentalismo, que no pasaba de las regiones ideales, los poetas solian exhalar quejas contra los que ejecutaban tales actos. Pero de algun tiempo á esta parte, gracias á los progresos de la Religion y las ciencias naturales, han empezado á cambiar las ideas: se va conociendo que no es permitido al hombre dañar sin razon ni motivo á las criaturas de Dios, y que estas desempeñan en la creacion un papel, cuya importancia con relacion al hombre es más grande de lo que vulgarmente se cree. De aquí nace la mayor proteccion de que gozan cada dia los animales en general, y en particular, las especies de aves que se utilizan para alimento, ó para aprovechar sus plumas, y las que se nutren de insectos perjudiciales al agricultor.

De esperar es que se generalicen las sanas doctrinas, y no haya que deplorar en adelante la crueldad con que se complacen algunos en atentar por todos los medios á la existencia de los animales.

### EL NIÑO INDEPENDIENTE

Continuacion (1).

Pablito sabia que á estas palabras sacramentales nada tenia que oponer. Se sacudió el lodo de que estaba cubierto, y comenzó la pesca de sus clásicos en el arroyo. Juan Francisco le ayudó á reunirlos, y descendieron á Postren; pero cuando llegaron á la playa, la corbeta habia echado el ancla, la mar descendia y los cangrejos habian desaparecido. Despues de inútiles rebuscas, fué preciso resignarse á volver á casa sin haber gozado ninguno de los placeres que se habian prometido.

#### II.

Al ver Mme. Duraucher entrar en casa á sus sobrinos Juan y Pablo, heridos y estropeados, empezó á gritar muy asustada, queriendo á todo trance saber lo que les habia sucedido. Juan Francisco, que en medio de su intrepidez era sincero, lo contó todo, sin dar muestras de arrepentimiento y sin desfigurar el hecho. Su tío, que llegó á tiempo de enterarse, aseguró á los dos hermanos que no volverian solos al colegio, quitándoles las horas de recreo por ocho dias.

Provisionalmente los mandó cambiar de

(1) Véase la pág. 319.



vestidos para que asistiesen á la comida, que tenían muchos convidados, entre los cuales se hallaba Mr. Livel, comandante de la fragata *Felicidad*, que debia partir dentro de poco.

Cuando bajaron al salon ya estaban los convidados reunidos, y al ver las miradas significativas que les dirigian, comprendieron fácilmente que estaban enterados de su escapatoria.

El capitan Livel no les dejó ninguna duda sobre esto, pues tomando á Juan Francisco por la oreja, le dijo riendo:

—¡Pardiez! ¿eres tú, buen mozo, el que

hace novillos y aporrea á los grumetes de S. M.? Deberiais dejarme á bordo, Mr. Duraucher, ya que tanto le agrada la independencia.

—Ya lo he pedido muchas veces, replicó atrevidamente Juan Francisco; pero mi tío cree que sólo los malvados y los ignorantes quieren hacerse marinos.

—¿No os gustan los marinos? exclamó el capitan.

—Es una ruindad de este bribon, dijo Mr. Duraucher confuso.

—¿Que diga Pablito si es verdad? añadió Juan Francisco.



Detalle de un paisaje de la luna.

—Cierto es, repitió el jorobado.

El capitan, que se habia quedado un instante suspenso, soltó la carcajada.

—Vamos, ya veo que nosotros no tenemos más crédito entre ustedes la gente de tierra, que el que tienen ustedes entre nosotros. Tanto mejor, cada uno está en su lugar; pero eso no importa, para que si veis que este muchacho es bastante malvado para hacerle marino, me lo enviéis, que yo me encargo de su educacion naval.

El anuncio de que la comida estaba servida cortó la conversacion, y una vez en la mesa se habló de otra cosa. El capitan Livel habia navegado mucho, y contaba con

mucha gracia cuanto habia visto, refiriendo con una picante originalidad muchas aventuras cómicas ó trágicas de las que fué el héroe. Juan Francisco, oyéndole, se olvidó de comer, y apenas osaba respirar por no perder el más mínimo detalle.

Cuando se halló solo con su hermano, le habló con entusiasmo de la dicha de viajar y de la resolucion que habia tomado de aprovechar la primera ocasion para ir en busca de aventuras. Pablito lo aprobó todo, á fin de abreviar la conferencia y que le dejase dormir.

Mr. Duraucher no se olvidó del castigo impuesto á los dos hermanos por su escapa-



toría, y desde la mañana fueron encerrados en un aposento, de donde sólo salían para ser conducidos al colegio, volviendo á él cuando las clases concluían.

Seis días corrieron así en una completa reclusión. El sétimo era un domingo, día de asueto. El sol brillaba en el cielo, y los pájaros cantaban en los árboles. Juan Francisco, con el rostro pegado á los vidrios de la ventana, miraba el pedazo de cielo que aparecía á su vista, pensando con creciente cólera que tan magnífico día sería perdido para ellos.

Después de un rato de silencio, durante el cual aumentaron sus deseos y su cólera, se puso á golpear fuertemente la ventana.

—Yo no puedo continuar aquí, exclamó; yo no soy un presidiario, y sobre todo, ¿por qué se me encierra? Pablito, nosotros debemos ser libres, y para esto es preciso hacernos marineros.

—¡Hacernos marineros! repitió Pablo, según su costumbre.

—Sí; sobre la mar no tendremos al tío que nos encierre, ni á Mr. Jaune que nos maree con sus latines, ni agentes de policía que nos impidan lanzar el volante. Los marineros son independientes.

—¿Lo crees tú así? preguntó el jorobado.

—¿No ves qué aire tan altivo tiene el capitán Livel? No es hombre que se deje avasallar de nadie. Ha dicho que el vino de madera era malo, y ha pedido tres veces pudíng. ¿Y no le has visto contar sus aventuras con los codos sobre la mesa, lo que nuestro tío nos prohíbe siempre? Hé aquí un hombre libre.

Se le adula y se le teme. Todos á porfía le complacen. Está decidido, hermano; no importan los medios; pero es preciso hacernos inscribir en el rol de una tripulación. Allí al menos estaremos libres de que se nos obligue á aprender latín, y de que se nos encierre los domingos cuando el cielo está lleno de sol.

—Entonces, embarquémonos, dijo Pablo; pero ¿cómo?

—Ya lo veremos.

Apenas acabaron de hablar cuando la puerta se abrió, y apareció Mr. Duraucher con el capitán Livel.

—¡Ea! ¡pronto, muchachos! exclamó éste; á ponerse el traje de gala, que os llevo á bordo.

Los dos hermanos parecieron asombrarse.

—El capitán, que parte mañana, ha venido á convidarnos á comer, dijo Mr. Duraucher, y ha pedido que seáis de la partida; he consentido, con la condición de que al regreso volváis á vuestro encierro.

—¿Comprendes? exclamó Juan Francisco, cuando se halló solo con su hermano. Era preciso que alguno quedase aquí para guardarnos; por eso nos lleva, por poderse ir todos á bordo. Es la clemencia interesada;

pero no importa, esto podrá quizá servirnos.

Dos lanchas esperaban á los convidados en el sitio convenido, y en ménos de media hora avistaron la fragata.

El capitán Livel les había preparado un recibimiento espléndido, la tripulación estaba de gala, y en el alcázar de popa, cubierto de un elegante toldo, se había preparado la mesa.

Los dos hermanos maravillados se miraban con júbilo, recorriendo el navío y examinándolo todo con curiosidad.

Al entrar sobre el puente Juan Francisco se halló de improviso con el grumete, á quien había querido dar una lección de cortesía unos días antes. Este los reconoció igualmente y pareció confuso; pero Juan Francisco, que no le guardaba rencor, se dirigió á él riendo, y pronto entraron en conversacion.

El joven estudiante habló de su vivo deseo de embarcarse y de la oposicion que encontraba en su tío. Marsouin, este era el nombre del grumete, iba á explicarle los medios de satisfacer su capricho, á pesar de su tío, cuando los llamaron para comer.

Apenas habían terminado la comida cuando llegó á bordo un oficial con despachos para el capitán Livel, los cuales le ordenaban levar ancla al instante mismo y franquear el canal antes de la noche.

A esta nueva los invitados se apresuraron á regresar, preparándose varias lanchas para conducirlos á tierra.

Pablo y Francisco iban á saltar á la canoa del comandante cuando Marsouin les hizo una seña.

—¿Estáis decididos á correr la bolina con nosotros? preguntó á los estudiantes.

—Decididos, respondió Francisco.

—Pues bien, escondeos en la batería.

—Pero se nos buscará.

—Yo me encargo de todo.

Los dos hermanos se miraron, hubo un momento de vacilación; pero como ya hemos dicho, Juan Francisco era un muchacho resuelto que no abandonaba cobardemente un proyecto.

—Bajemos, Pablito, dijo con voz conmovida.

—Bajemos, repitió Pablo.

Y ambos desaparecieron.

Mr. Duraucher, que acababa de colocarse en la canoa del capitán, preguntó si habían visto á sus sobrinos.

—¿Un guapo chico y otro jorobado con uniformes de colegial? preguntó Marsouin.

—Precisamente.

—Acaban de embarcarse en la canoa grande, y estarán en tierra antes que vos.

Mr. Duraucher quiso asegurarse de la verdad de lo que se le decía; pero la canoa grande estaba ya lejos, el capitán Livel apresuraba los preparativos de marcha, y volviendo á sentarse se decidió á llegar á la villa, resuelto á imponer un nuevo cas-



tigo á sus sobrinos por haberse marchado sin él.

Apenas las lanchas dejaron en tierra á los convidados, volvieron á bordo y se levó ancla. Una hora despues la fragata *Felicidad* habia desaparecido en el estrecho.

Ya de noche cuando se empezó á perder de vista la tierra, los dos hermanos salieron de su escondite. El capitan Nivel se mostró al verlos muy enfadado; pero el mal no tenia remedio y era imposible desembarcar; por otro lado, Juan Francisco parecia resuelto á correr todas las aventuras de la vida marítima.

—Quedaos, pues, exclamó el capitan; pero recordad, bergantes, que formais parte de la tripulacion, y tened cuidado, si no quereis hacer conocimiento con *el gato de las nueve colas*. Id á buscar á Mr. Floch, y os dará una racion y una hamaca.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## EL HOMBRE Y LA CARTERA

### FÁBULA

Iba por una calle  
Un Hombre andando,  
Y hallóse una Cartera  
Con mil ducados.  
¡Ya soy muy rico!  
Dijo lleno de gozo:  
¡Todo esto es mio!

El librito vió luego,  
Miró sus hojas;  
Y de aspecto mudando,  
Levó esta nota:  
«Si el dueño es otro,  
Quien lo hallado no entrega  
Comete un robo.»

ALFONSO E. OLLERO.

(Inédita.)

## CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

Flavia tampoco habia podido resistir á su dulce influencia, y pasaba horas enteras á su lado oyéndola hablar y procurando distraerla.

Dos meses despues, la temporada de los baños llegó, y el señor de Montalvan pensó como siempre abandonar á Madrid en los meses de calor, haciendo con sus hijas su excursion veraniega.

Pero deseando complacer á Clara, y guiado también de su excelente corazón, dispuso que María y su abuela les acompañasen, dirigiéndose todos á las playas de Valencia.

¡Cuán hermoso es el haber recibido de Dios los dones necesarios para hacer mucho, mucho bien!

(1) Véase la pág. 320.

Si el señor de Montalvan hubiera necesitado una recompensa al bien que hacía por aquella niña, indudablemente la hubiera tenido muy cumplida al verla curada y dichosa, al mirar su alegría, al ver sus lágrimas de gratitud, al escuchar sus fervientes bendiciones.

Una tarde se hallaban todos sentados á la orilla del mar, en una linda posesion cerca de flores, naranjas y limoneros, que habia alquilado el señor de Montalvan para la temporada de baños.

Las olas se estrellaban á sus piés; el aire cargado de aromas acariciaba sus frentes.

Todos gozaban con la magnífica belleza de cuanto les rodeaba.

María, con los ojos fijos en el cielo y con una brillante lágrima rodando por las rosas de sus mejillas como una gota de rocío, estaba tan hermosa, que su protector la miró sonriendo, y la dijo con cariñosa voz:

—¿En qué piensas, María?

La niña volvió hácia él su pura mirada, y le contestó con un acento impropio casi de sus años:

—Pienso, señor, en la bondad de Dios que nos cerca de tantas bellezas y que nos concede tantos dones; pienso en su misericordia para conmigo, enferma y hambrienta ayer; hoy sana y rodeada de cuantas ventajas puede anhelar una criatura, y que sería la más ingrata de los seres si no le consagrarse toda mi alma y no le amase con todo mi corazón.

—Hija mia, la virtud recibe siempre un premio, más tarde ó más temprano; tú, conformándote con la voluntad del cielo, besando humilde la mano que te heria, has contraído un mérito que Dios te recompensa hoy, porque su justicia iguala á su misericordia.

—¡Oh! yo le bendeciré siempre, y bendeciré también á V., á quien nunca podré pagar el bien que le debo.

—Si puedes, María, si puedes.

—¡Oh! ¿Cómo?

—Permaneciendo siempre al lado de mis hijas para enseñarlas con tu ejemplo el bien, y acompañada de esta buena anciana, á quien ruego les sirva de madre.

—¡Yo! respondió la pobre mujer; ¡yo vieja, torpe, ignorante!

—Usted posee la sabiduría mejor, la que ha enseñado á esta niña: la de amar á Dios, resignarse con sus decretos y adorar su voluntad. Esta sencilla y sublime ciencia es la que nos proporciona la dicha en este mundo y en el otro, puesto que Jesucristo, el Supremo Hacedor, ama y bendice á los que le aman sobre todas las cosas y á los que se humillan ante su voluntad.

*Honrar padre y madre.*

—Prestadme ahora mucha atencion, hijos míos, porque os voy á hablar del cuarto mandamiento; de aquel en que Dios no sólo



ofrece, como en los demás, premio eterno al que lo hubiere cumplido, sino que queriendo significar que este mandamiento merece más su grado que ningún otro, le prometió recompensa en este mundo y en el otro, cuando dijo: «Honra á tu padre y á tu madre, para que vivas largo tiempo en la tierra prometida.»

Así, pues, oidme bien y vereis cuán malo es dejar de honrar padre y madre:

Juan Perez, labrador inteligente, vivía en un cortijo de su propiedad, muy cerca de un pueblecito cuyo nombre no recuerdo ahora. Los productos de su heredad, aunque no bastaban á ponerlo rico, eran suficientes, sin embargo, á tenerle al abrigo de la pobreza. Pero Juan adolecía de un vicio feo y perjudicial; el de gastar todas las noches en la taberna casi la mitad de lo que podía ganar en el día. Su mujer se enfadaba continuamente con él, y cuando volvía á la casa en un estado de embriaguez, le apostrofaba con los nombres más denigrantes en presencia de su hijo, que se acostumbró á aquellas escenas, y que acabó por perder el respeto al que era autor de sus días.

Así pasaron muchos años: Juan emborrachándose, y su mujer y su hijo tratándole mal y aún burlándose de él.

José, que así se llamaba el hijo de Perez, era hombre ya y bajaba todas las noches al pueblo, distante una media legua del cortijo en que vivían: allí encontraba á su padre, pero lejos de acercarse á él, se iba por distinto lado, y lejos de ocultar el defecto de Juan le hacía público, censurándole ágridamente y llamándole borracho y derrochador.

Perez, sin embargo, amaba á su hijo con extremo, y á pesar del vicio que le dominaba, trabajaba con afán porque nada le faltase.

Una noche se encontraron ambos á la salida del pueblo: José iba con sus amigos, y Juan, más embriagado que de ordinario, se dirigía ya hacia su casa.

—Acompaña á tu padre, dijo uno de los compañeros de José; el camino es malo, la noche oscura, y puede tropezar y caer.

—¡Bah! no lo creas; á los borrachos los libra el diablo, contestó el joven con acento de burla.

—Sin embargo...

—Déjale, déjale; va bien alumbrado, y en todo caso el tío Paco el tabernero era el que perdía más: en cuanto á mí, me daría vergüenza de ir á su lado.

Y sin decir más, tomó de nuevo el camino del pueblo con sus compañeros.

En cuanto á Juan, siguió adelante solo y dando traspiés. Ya habría andado como un cuarto de legua cuando tropezó con una gran piedra y cayó atravesado en medio del camino.

Dió algunas voces inarticuladas que se perdieron entre el zumbido del viento, y al

fin le rindió el trastorno de su embriaguez, y no volvió á gritar más.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## ANÉCDOTA

Había en cierta ocasión un gran príncipe que no era feliz. el cual fué á consultar á un viejo *derviche* (1). El prudente anciano le contestó que la dicha era cosa difícil de encontrar en este mundo.—Sin embargo, añadió, conozco un medio infalible de procuraros la felicidad.—¿Cuál es? preguntó el joven príncipe.—Es, contestó el *derviche*, el de poneros la camisa de un hombre feliz. En consecuencia, el príncipe abrazó al anciano, y se fué en busca de su talisman.

Ved ahí que parte, y visita todas las capitales de la tierra. Él se pone camisas de reyes, camisas de emperadores, camisas de príncipes, camisas de señores. Trabajo inútil. ¡No por eso es más feliz! Entonces recurre á las camisas de artistas, á las camisas de guerreros, á las camisas de comerciantes. ¡Ni aun por eso! Así anduvo mucho sin hallar la dicha. En fin, desesperado de haberse probado tantas camisas, regresaba un hermoso día al palacio de su padre, cuando divisó en el campo á un honrado labrador, que cantando muy alegre empujaba su carreton.—Ve ahí, no obstante, un hombre que posee la felicidad, se dijo, ó la felicidad no existe sobre la tierra. Se dirige á él.—Buen hombre, le dice, ¿eres dichoso?—Sí, contesta el otro.—¿Tú no deseas nada?—No.—¿No cambiarías tu suerte por la de un rey?—¡Jamás!—Pues bien, véndeme tu camisa...—¡Mi camisa! ¡No la tengo!

CONCEPCION GUTIERREZ.

(Traducido del francés.)

Problema numérico remitido por el Sr. D. Antonio Rosich:

```

•   •   •   •
•   •   •   •
•   •   •   •
•   •   •   •

```

Llenar los puntos con números, que sumados vertical, horizontal y diagonalmente den el número 10.

## CHARADA

Mi esposa amada, siempre dulce y bella,  
Con tierno *todo* á mí me *prima* y *dos*,  
Cual yo la *prima* y la *tercera* á ella,  
Haciendo así lo que nos manda Dios.

(La solución en el próximo número.)

Solución de la charada del número anterior:

PASAJERO.

(1) Sacerdote turco.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.